

LA IGLESIA AL DIA

AGGIORNA- MENTO

EN LOS

PAISES

BAJOS

**Antonio Castro
visita a Holanda.**

Según él:

-Los sacerdotes holandeses quieren desclericalizar la Iglesia.

-Están convencidos de que con el tiempo la confesión privada no será obligatoria.

-El celibato, uno de los muchos problemas que tiene planteado el clero de Holanda.

-Consideran a la misa como un banquete y no como un sacrificio.

Como contraste con lo que publicamos del Sínodo de Obispos y para que se vea cómo piensan algunos del Pueblo de Dios, va aquí un reportaje de Antonio Castro, publicado en "Estudios del Caribe" del pasado Junio. El lector juzgará si son o no son infundados los temores expresados por los Padres sinodales con respecto a estas innovaciones.

He venido a Rotterdam para visitar el Instituto Pastoral, especie de cerebro del Sínodo de Holanda. Pero aquí me aguardaba hoy un interrogatorio de "tercer grado". ¿Quién era? ¿Por qué iba allí? ¿Qué buscaba?... Y además, ¿cómo podía demostrar que mis respuestas eran verdaderas? Los holandeses, que critican la dureza de los hombres de Ottaviani, cuando quieren,

los superan. El periodista que venga a este país con fiado en las palabras del cardenal Alfrink: "Nosotros pensamos en alta voz", corre el riesgo de hallarse en una de estas violentas situaciones. Sobre todo, si, por ejemplo, el día anterior han robado aquí, en el Instituto Pastoral, un documento secreto que hoy publica ufana y destacadamente el "Volksrant" (Diario del Pueblo).

El informe había sido preparado para los obispos y se refería al celibato de los sacerdotes.

—Lo hemos publicado porque el tema interesa al pueblo —comentan los redactores del periódico, financiado por el Partido Popular Católico.

Es verdad que el tema interesa: el 57% de los seglares católicos del país no están de acuerdo con que se

prohiba el matrimonio a los clérigos. Como puede leerse hoy en la prensa, el coeficiente es mucho más alto en la encuesta realizada entre sacerdotes.

—El celibato es sólo uno de los muchos problemas que tienen planteados los sacerdotes hoy y desde luego no es el más importante, afirmó el cardenal Alfrink.

El hábito y la confesión.

—Antes, en una sociedad sin cultura, había que echar mano de los símbolos externos para llamar la atención del pueblo. Hoy, esos signos ya no tienen valor —me dicen los sacerdotes de Rotterdam.

Como la mayoría del clero holandés, visten de paisano e insisten en la urgencia de desmitificar y desclericalizar a la Iglesia.

—La sociedad moderna mira con sorna los distintivos usados a diario. Hay que respetar al hombre no por lo que representa, sino por lo que es.

Diré ahora la duda que me acompaña en todas más conversaciones por esta tierra: las palabras que escucho ¿son expresión de la mayoría? Las buenas comunicaciones que ensamblan al país, la libertad de expresión que puede observarse en los periódicos a propósito de los temas religiosos parecen confirmarme que sí.

—Caminamos hacia la supresión de la confesión privada como obligatoria, me dicen. Al comenzar la misa absolvemos al pueblo con una absolución general. Todavía no se trata de un sacramento; es decir, esta absolución no perdona aún los pecados mortales; pero estamos convencidos de que

con el tiempo esta práctica será admitida y ya no será obligatorio la confesión “en número y especie” exigida por los moralistas, pero sin fundamento bíblico. En esta fórmula que empleamos por vía de ensayo ahora, se dan todos los elementos necesarios para el sacramento de la Penitencia: un reo, el pueblo, que manifiesta su arrepentimiento arrodillándose; y un ministro que en nombre de la Iglesia, perdona a ese reo. Nuestros obispos no se oponen. Cuando la opinión pública haya cuajado se revisará teológicamente este problema. No pretendemos suprimir la confesión privada; quien quiera podrá decir una a una sus culpas al sacerdote, pero la obligatoriedad debe desaparecer.

Tienen cuidado en que no se les califique de influenciados por los protestantes; éstos afirman que Dios perdona directamente a cada hombre, y ellos subrayan la necesidad de la absolución dada por el sacerdote. —Tal y como está planteada hasta hoy la confesión, afirman, queda claro que la Iglesia es una institución para minorías. Viene usted de Madrid; bien ¿se imagina lo que sucederá si a todos los madrileños les diera por confesar una vez a la semana? Estamos seguros de que no habría sacerdotes suficientes para escucharlos en toda España. La Iglesia “supone” que todos los madrileños, a pesar de ser católicos, no van a confesar una vez a la semana, como les recomiendan.

El trabajo clerical y el celibato.

—Antes estábamos siempre ocupados. Absorbíamos nuestro tiempo en realizar

tareas que corresponden a los seglares. Ahora revisamos con toda su crudeza la función del sacerdote. El celibato es uno de los problemas. Pero el principal es éste: ¿cuál es nuestra tarea específica?

Los sacerdotes holandeses tienen tiempo para pensar, reflexionan seriamente. Contra lo que sucede en otros países, he podido comprobar que la mayoría absoluta de los seglares creen en la veracidad de su celibato. Miran con simpatía esta revisión, cuyos primeros frutos hay que situarlos en que los sacerdotes han abandonado tareas que realizan ahora estos seglares: enseñar en escuelas y universidades, cuidar hospitales, actuar en el terreno social y político.

Pero el “celibato” es buen cebo para sensacionalismos. Una ojeada superficial señalará con círculo rojo esta palabra en Holanda. Sería un error.

—Está claro que sacerdocio y celibato son dos cosas distintas. El serio estudio que hemos realizado demuestra que ni con argumentos bíblicos ni con textos teológicos, ambas cosas tienen que permanecer unidas. El Concilio Vaticano II no se atrevió a abordar el problema. Nuestro Sínodo, porque quiere ser auténtico, tiene que abordarlo, y lo hará. No negamos el celibato al sacerdocio; afirmamos que debe ser electivo. Y si permanecemos sacerdotes y célibes es prueba de que creemos lo que decimos. Porque en nuestro país —y lo saben bien nuestros seglares—, si un sacerdote quiere dejar de serlo y casarse, no hay ley civil que se lo prohíba.

Las vocaciones al sacerdocio escasean ahora en Holanda. Dos seminarios mayores y ocho de congregaciones religiosas han sido cerrados; en algunos seminarios menores los seminaristas comparten las clases con muchachos y muchachas.

—La razón de esta medida no es económica, aunque por admitir el programa oficial de bachillerato, e incluso alumnos de ambos sexos, los seminarios menores reciben ahora subvención oficial. Se trata de que queremos evitar esa discriminación mujer-pecado, que acompleja y mediatiza la formación de quienes serán pastores de hombres, pero también de mujeres: de guapas muchachas, de madres solteras y aún de prostitutas.

No hay rebeldía ni fractura entre clero y obispos. Todas estas iniciativas tienen aprobación eclesiástica superior. Es preciso digerirlo. Como me decía un sacerdote de Zaambran el otro día: "Contempla usted una crisis de crecimiento".

La Nueva Misa.

Las fotografías y las noticias puestas en circulación por la prensa mundial, a propósito de Holanda, insisten en un tema: el de la misa, o mejor, de "la nueva misa".

La "nueva misa" es un espléndido esfuerzo, a fin de que la comunidad cristiana participe. Para que esta participación sea posible ha si-

do adoptado el idioma del país, holandés, en todo texto, al mismo tiempo que queda subrayada la idea de banquete sobre la de sacrificio; es decir, insisten en que se trata de una cena más que de una muerte.

La mayoría de los fieles se acerca a comulgar, porque queda claro que asisten a un banquete y reciben la Hostia en la mano izquierda.

—¿Acaso los invitados a un banquete se acercan con la boca abierta para que se les ponga en ella la comida? me preguntó con ironía el P. Beusink. Se les ofrece para que la coman ellos como personas mayores. En todo caso, y desde el lado moral, la lengua puede ensuciarse más que la mano. Es la lengua la que lanza palabras que pueden herir o matar la caridad.

Sin embargo, los sacerdotes no obligan a los fieles a que comulguen de este modo; respetan el gusto por lo antiguo o los escrúpulos de cada uno. De forma que ví a algunas personas que recibieron la Hostia en la boca. Desde luego, eran muy pocas y siempre mayores.

En cinco ocasiones cantan el sacerdote y los fieles, juntos, letras religiosas populares a lo largo de la misa: cántico de entrada, después de la epístola; en el ofertorio, durante la comunión y cántico de despedida.

Las misas para la juventud se caracterizan por sus letras y ritmos modernos: "Mi hermano muere de hambre, la carne ensan-

grentada de mi otro hermano vietnamita, paz". En la iglesia de Zaambran, un anciano abofeteó el otro día al celebrante, indignado por lo que consideraba una irreverencia, y la misa terminó como el famoso Rosario, con la intervención de la policía.

Esta línea es la que ha de seguir cualquier comunidad que quiera participar realmente en la cena, afirman los sacerdotes holandeses.

El sacerdote actúa como anfitrión, durante la misa. Comulga después de distribuir la comunión a los fieles; no dice "sacrificio mío", sino "vuestro y mío"; no reza oración alguna sobre la ofrenda. El ofertorio consiste en elevar el pan y el vino al mismo tiempo, sin más oración o lavabo. Ni hay momentos especiales para los vivos o los difuntos.

Toda la Iglesia está presente en la misa, no es preciso recordarla. Una misa inteligible, vigorosa y breve. Cánticos y homilía incluidos no pasa más allá de los 45 minutos. En esta fórmula no sólo permanecen los elementos esenciales de la misa, sino que queda destacado el sentido auténtico de cena, de comida, en amor que Cristo le dice; afirmar que la jerarquía está conforme, es poco: ha sido ella la que promovió este movimiento a través de los centros de pastoral. Creo que la etapa de ensayo ha sido ya superada. Los seglares se muestran contentos. Y los sacerdotes.

